



Pero un samaritano que iba de viaje llegó a donde estaba el hombre y, viéndolo, se compadeció de él. Lucas 10-33

LECTIO DIVINA

XV Domingo, Ciclo 'C' (Lc. 20. 25-37)

Juan José Bartolomé, sdb

Hoy el evangelio no necesita mucho comentario para cuestionar nuestra forma de vivir la fe. La lección de Jesús sigue siendo tan evidente como lo fue el día que se la dio al letrado. La podemos comprender, pero lo interesante es vivirla.

Como pocos relatos evangélicos, el evangelio del domingo XV del Tiempo Ordinario, del Ciclo 'C' llama a un cambio de conducta radical a cuantos se creen ya suficientemente buenos, porque están bien con Dios. En el maestro que dialoga con Jesús estamos dibujados todos los que queremos salvarnos, pero no nos interesa nuestro prójimo. ¡Cuántos nos pensamos buenos, pero estamos muy equivocados!... Interesarnos por Dios, pero no por el hermano, no es signo de bondad ni de justificación.

Queremos estar con Dios, pero sin interesarnos por los que nos necesitan. Tememos alejarnos de Dios, porque nos da seguridad su protección, pero no nos preocupa distanciarnos del prójimo que es sacramento de su presencia en nuestra vida...

Seguimiento:

25. En aquel tiempo, se presentó un maestro de la ley y le preguntó a Jesús para ponerlo a prueba: "Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?"
26. Él le dijo: "¿Qué hay escrito en la Ley? ¿Qué lees en ella?"
27. Él contestó: "Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con todo tu ser. Y al prójimo como a ti mismo".
28. Él le dijo: "Bien dicho. Haz esto y tendrás la vida"
29. Pero el maestro de la ley, queriendo justificarse, preguntó a Jesús: "¿Y quién es mi prójimo?"

30. Jesús dijo: “Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto.
- 31 Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo.
32. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio; al verlo, dio un rodeo y pasó de largo.
33. Pero un samaritano que iba de viaje, llegó a donde estaba él y, al verlo, le dio lástima,
34. se le acercó, le vendó las heridas, echándoles aceite y vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó.
35. Al día siguiente, sacó dos denarios y, dándoselos al posadero, le dijo: “Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré a la vuelta”.
36. ¿Cuál de estos tres te parece que se portó como prójimo del que cayó en manos de los bandidos?
37. Él contestó: “El que practicó la misericordia con él”. Jesús le dijo: “Anda, haz tú lo mismo”».

I. Lectura: entender lo que dice el texto

El episodio se presenta como una conversación entre dos partes, bien definidas (Lc 10,25-8.29-37): ambas inician con preguntas: la primera: **¿Qué tengo que hacer?** (Lc 10,25) y la segunda: **¿Quién es mi prójimo?** (Lc 10,29). Éstas se cierran con el mandato de Jesús: ‘Haz esto’ (Lc 10,28). ‘Haz tú lo mismo’ (Lc 10,37).

Lo interesante es hacer la voluntad de Dios. Quien se acerca a Jesús, aunque sea para cuestionarle, termina conociendo qué quiere Dios de él.

El encuentro del letrado con Jesús – verdadero des-encuentro – está motivado con el deseo de

saber cómo salvarse. Su pregunta le honraría, si no hubiera sido malintencionada. Jesús la aprovecha para explicar **qué importante es amar**.

El letrado se acerca a Jesús; está inquieto; quiere heredar la vida eterna, pero no sabe cómo.

La primera parte es una discusión ‘escolástica’, entre expertos de la ley, sobre un tema central de la vida creyente en Israel: **cómo alcanzar la vida eterna** (Lc 10,25).

La conversación se abre por iniciativa del letrado, inquieto por su salvación. Aunque su

pregunta parece sincera, loable incluso, el narrador nos descubre que no era bienintencionada. Quien pregunta debería conocer la respuesta, piensa Jesús; y de hecho la conocía.

Preguntándole qué dice la Ley al respecto (Lc 10,26), Jesús obliga al escriba a centrar la atención no en lo que él pueda decir, sino en la voluntad de Dios, escrita. Obliga así al escriba a buscar él mismo la respuesta en su Palabra.

En la segunda parte del diálogo, la iniciativa es de Jesús, aunque es provocada por la cuestión,

nada inocente, del letrado: **¿pero ¿quién es mi prójimo?** (Lc 10,29).

Responde Jesús algo enigmáticamente, con una ‘parábola’, y así obliga a su interlocutor a buscar por sí mismo – una vez más – la respuesta justa.

No ya en la Palabra escrita, sino en un hecho de vida. Jesús le hace ver que no fueron prójimos quienes, por llevar prisa, porque iban a servir a Dios, no tuvieron la capacidad de aproximarse al hombre malherido y abandonado. Prójimo es quien practica misericordia con quien la necesita. Saber esta gran verdad nos pide, ‘vivirla’.

II. Meditación: aplicar lo que dice el texto a nuestra vida

Una pregunta malintencionada es ocasión para que Jesús explique el sentido del primer mandamiento de la ley. ¡Claro que es importante conocer de antemano de qué va a depender la propia salvación! Pero quien hacía la pregunta, sabía ya la respuesta. Lo que no deja de tener su mérito; el hombre tuvo que elegir entre centenares de preceptos que entonces regían la vida del justo, para dar con los dos que, de verdad, importaban mucho más. Y Jesús, le dio la razón y le retó a que lo pusiera en práctica: ‘Haz lo que dices y vivirás’. En ese momento empezó para el gran perito en leyes su problema: Sabía lo que debía hacer: ‘amar a Dios y al prójimo’; pero no sabía cómo hacerlo, y por demás, desconocía quién era su prójimo.

Hay preguntas que no habría que ponérselas a Jesús, porque sus respuestas están ya desveladas en la Palabra de Dios. Hereda el cielo quien ama con total exclusividad a Dios y al prójimo también. Curiosamente el letrado sabe de leyes y no tiene dificultad para comprender que tiene que amar a Dios, con un amor total, indiviso, sin fisuras, permanente...pero no comprende quién es su prójimo. Se imagina que puede amar a Dios como se merece sin amar al hermano. Tiene dificultad en identificar al prójimo y no comprende que lo tiene que amar amándolo, como se ama a sí mismo.

- **Nosotros también no sabemos dónde está el prójimo que hemos de amar como a nosotros mismos. ¿Amamos a Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra mente y con todas nuestras fuerzas?**

¿Podemos reconocer en el prójimo al hermano que nos necesita? Solo así amaremos a Dios de verdad.

La pregunta del letrado fue malintencionada, no tanto porque de antemano supiera la respuesta cuanto porque no tenía en su mente al prójimo. Él pensaba que amar a Dios es fácil; imaginaba que puede conocer a Dios sin saber dónde está su hermano.

Creía amar a Dios, que no es prójimo del hombre, mientras se preguntaba por el hombre a quien amar. Le ilusionaba saber que Dios le era familiar, pero no veía que cualquier hombre era su prójimo y que en él, Dios le estaba pidiendo amor. Daba por supuesto lo que no es obvio, y descuidaba lo evidente. Hizo esa pregunta creyendo que así se liberaría de obedecer la ley.

- **Tantas veces también nosotros decimos que estamos dispuestos a servir a Dios, a quien decimos conocer, mientras nos negamos a servirlo en quien tenemos cerca. Servir a Dios no significa nunca servirnos de Él, sino servirle en quien nos necesita.**

El problema de este hombre era que ignoraba quién era su prójimo. Sabía qué tenía que hacer, pero desconocía a quién debía hacérselo. Siempre ha sido el problema del creyente, no Dios y el amor que se le debe, sino el prójimo a quien se debe amar.

- **¡Cuántos de nosotros queremos estudiar y comprender a Dios: a fuerza de acumular ideas! Desconocemos quién es el prójimo, esa persona a quien le debemos amor; ilusionados por estar con Dios, nos olvidamos del hermano. ¿No pensamos como el letrado cuando creemos que fuera de Dios nadie merece amor?**

Dios nos pueda exigir un amor total. Pero ¿quién es en realidad mi prójimo? Jesús responde con una parábola, ayudando a este experto en leyes a identificar quién es su prójimo.

La historia que narra Jesús es tan real como la vida misma. Ante un hombre necesitado de ayuda, tres desconocidos toman actitudes contrapuestas: Los dos primeros hombres de Dios, lo ven y pasan de largo; se desentienden de él; el tercero, un despreciado samaritano, lo ve, siente lástima, se detiene, se le acerca y le presta ayuda inmediata. Le da su tiempo, su dinero y sus cuidados; y cuando lo deja, ve que haya quien lo siga atendiendo, para que esté bien. Aunque, por samaritano, no es considerado buen hombre ni buen vecino, es el único, de entre los tres que pasaron por el camino, que actúa como prójimo del herido: sólo él se aproxima al necesitado y lo auxilia.

- Con la narración de esta parábola Jesús nos ayuda a encontrar la solución, sin dárnosla explícitamente: prójimo no es el hombre que está cerca, nuestro semejante, sino aquel que necesita de nosotros y al que debemos acercarnos. Es mi prójimo quien precisa de mi tiempo y mis cuidados, de mi solidaridad y de mi asistencia, aunque esté lejos o me sea desconocido, sea extranjero (samaritano) o aún mi enemigo. Mi prójimo no es el vecino o mi familiar, sino aquel a quien me debo aproximar, porque está en apuros. ¿Soy prójimo? ¿Me porto como tal?

El precepto del amor al prójimo se extiende hasta límites insospechables. No sólo porque hay que encargarse de quien precise de ayuda, quienquiera que sea, sino también, y sobre todo, porque mientras haya alguien que la necesite, se puede amar más a sí mismo.

Y no es casualidad que, en la parábola, quienes se dedicaban a servir a Dios, dieran un rodeo y dejaran al necesitado. Jesús critica seriamente a quien, por vivir abstraído en sus obligaciones para con Dios, pasa de largo ante quien lo necesita. Dios está en el indigente.

- **No hay ocupación más santa ni urgente que cuidarse de Dios, al que tanto necesitamos cuidando a la vez del que nos necesita y nos permite amar de verdad.**

Los hombres que menos se interesaron por el prójimo fueron los que aparentemente estaban más cerca de Dios; se decían creyentes. Vivían para darle culto pero no sin fraternidad. Querían estar con Él pero sin aproximarse al hombre que necesitaba de sus cuidados; ocupados en servir a Dios, no tuvieron ni el tiempo ni la atención para Él. Toda su vida la habían dedicado a Dios, y se dispensaron de atender a quien le pedía ayuda. Consagrados a Dios que no necesita de nadie, no pudieron entregarse a quien de verdad los necesitaba.

- **Prójimo no es quien nos está cercano y al que podemos acudir fácilmente cuando le necesitamos; prójimo es aquel que, por necesitarnos, pide de nosotros ayuda y compañía, solidaridad y compasión.**

Nuestro prójimo no es el conocido, aquél con quien convivimos, al que conocemos sus gustos y sus defectos; prójimo es aquel al que tenemos que acercarnos porque nos necesita; prójimo es quien depende de otros para vivir o sanar, quien necesita de Dios en el hermano que se detiene para ayudarlo.

Para que alguien sea nuestro prójimo nos tiene que descubrir su indigencia: sus necesidades, y estándonos próximo, nos mueve a compasión y más todavía, a la acción.

III: ORAMOS nuestra vida desde este texto:



Padre Dios,
¡cuántos decimos que te amamos, pero no es verdad!

Te ignoramos porque no nos detenemos
ante quien nos necesita;
demostramos que no hemos comprendido
lo que es amar.

Jesús vino a enseñarnos cómo se ama
y qué importante es amarte en el prójimo.
Concédenos ser sensibles a sus necesidades.
Que te amemos, amándolo.
Que nuestro tiempo sea para darles a las personas
lo que necesitan de nosotros.

Que comprendamos tu palabra y la hagamos vida
aunque eso suponga un diario esfuerzo.
Que vencamos nuestro egoísmo,
porque nos cerramos en nuestros intereses personalistas.
No nos damos el tiempo para pensar en nuestro hermano necesitado.

Cristo Jesús, concédenos amar siempre y a todos los necesitados.
María, tu Madre y nuestra Madre, nos enseñe a amar cada día más y mejor,
como Tú has amado.
Amén.